

EL HILO DE LA COMETA

Por ANTONIO PEREIRA

Esta historia podría escribirla un novelista o servir para una película. Era en Barajas y madrugada. Un hombre al que podemos llamar Juan y una mujer que cualquiera puede adivinar que se llama Liliana, están hablando en la barra del bar internacional y todo parece una fiesta. Las luces y los altavoces de los aeropuertos les dan mucho ritmo a las esperas. Bajan y suben las escaleras rodantes. Sobre la cinta continua avanzan maletas anónimas junto a las que llevan etiquetas de hoteles como si fuesen condecoraciones. Hay en que se adivinan otras vidas, gente que ahora mismo estará en el trabajo, o fornicando, o metida en un tren: Aquí sin las dos horas cuarenta minutos; son en Tokyo las diez horas cuarenta minutos; Buenos Aires se acerca a la media noche.

En esto, una voz se insinúa y luego se propaga melosa hasta los últimos rincones del aeropuerto. Nos conviene reproducirla.

Los señores pasajeros de Iberia Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, tengan la bondad de pasar a la Aduana de salida, puerta número dos.

Pausa.

-Iberia passengers flying to Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, are kindly requested to proceed to the out going Customs hall gate number two.

Y en seguida:

-Messieurs les passage d'Iberia a destination Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, sont bien priés de se présenter á la douane de sortie, porte numéro deux».

Con el prestigio de las palabras se confirma lo cosmopolita y audaz, los personajes olvidan la identidad de sus pasaportes para sentirse otros personajes: empujados, dirigidos, flotantes, como si desde una torre alguien hubiera gritado: ¡Acción! Unos frailes capuchinos van los primeros; ningún abrazo dejan atrás. Se aprietan los niños a sus tuteladores. Unos hombres grises marchan hacia la puerta número 2 con sus carteras, algunas mujeres van hacia la puerta número 2 con sus

muchos y necesarios brazos.

Ahora le va a tocar a Liliana.

Es una señora hermosa y alta. Es fácil suponer cómo la ven los hombres que están en la escena, y también las mujeres, Liliana no entra en una reunión o en un lugar público sin que las miradas se dirijan a ella. A Juan le halaga la suposición, que en el tiempo que llevan de matrimonio se ha convertido en certeza. Se siente felicitado, envidiado por aquella pertenencia lujosa. Juan la besa, Liliana se deja besar, el beso que puede esperarse de una despedida bajo los focos. Ella va a volar y el hombre va a quedarse en tierra. Él se ha quedado con la mano en alto, pero qué otra cosa puede hacer un hombre, ahora que, de repente, su mujer es más hermosa y patente que nunca. La mujer está a punto de desaparecer por el hueco que lleva a la noche, al aire más alto que las cordilleras. En el mundo de los aviones todo promete seguridad bajo la luz copiosa, Liliana marcha segura como ha nacido y vivido. Sólo un tropiezo casual (o el destino, nunca lo sabes), y el abanico de las revistas ilustradas cayéndose de las manos tan cuidadas de Liliana, tan firmes.

-Permítame, señora.

-Oh, lo siento, pero no se retrase usted por mi culpa.

- Unas cortesías así.

El compañero de viaje de Liliana podría llamarse Gerardo, o Alberto, o mejor Roberto. Tras aquel apresuramiento solícito, Roberto todavía se vuelve para un adiós apurado. A Roberto le corresponde desde el grupo solidario de los que se quedan una mujer borrosa que levanta un pañuelo menudo como ella misma, y vamos a poner que se llama María.

La puerta, definitivamente, se cierra. Se ha cerrado la puerta, «porte, gate» número 2. Quienes se quedan tienen por un momento la sensación de haber sido rechazados, y una rara fatiga, la resaca de después de la fiesta. Van andando despacio hacia el exterior del aeropuerto, pronto olvidados unos de otros. Ya afuera, al sereno, el rugido de un reactor.

Sobre el gran atrio de cemento dormitan los últimos coches, con sus capotas tomadas de escarcha madrugadora. En un momento han desaparecido los taxis.

Si usted acepta venir hacia el centro...

La mujer menuda, insignificante no se sorprendió demasiado. Se acurrucó contra la portezuela en el asiento delantero, dejando todo el espacio posible entre su cuerpo y el conductor.

- Me he permitido ofrecerle... Es como si nos hubieran presentado, mi mujer va a Río, y me parece que el marido de usted será su compañero de vuelo...

Ella debió de notar que el coche estaba recargado de perfumes. A las mujeres les gusta identificar los perfumes, el perfume de la otra. Olía a cuero nuevo de tapicería, a tabaco rubio y, por encima de todo, a «Arpége». Pareció que iba a estirarse la falda pero se contuvo. Luego se fue desovillando poco apoco hasta quedar sentada sin recelo, con naturalidad.

El coche es de dos plazas, de muchos caballos. Pero rodaba despacio por la autopista. Coches modestos lo adelantaban sin esfuerzo, seguramente con vanidad. La viajera observaba con el rabillo del ojo, alargado por la pintura, el perfil impasible del conductor y las manos atractivas (ojalá), y velludas, emergiendo de los puños blancos de la camisa.

En algún momento, el conductor accionó la palanca del cambio y la mano experta rozó el flanco de la mujer. Un cuerpo tan próximo, desconocido. y por qué no pensar en un cuerpo palpitante y cálido. Cuando el lance se repitió, el hombre se volvió sin rodeos hacia la compañera. La mujer estaba creciendo en importancia. Era un pequeño regalo, sí, pero «envuelto por Loewe», pensó el propietario del «MG» rojo matrícula de Bilbao.

Pasaban cerca de los grandes edificios comerciales, bajo los grandes rótulos encendidos lucían como un anuncio más las plantas enteras iluminadas, probablemente vacías. Los avisos de la carretera conducían, clasificaban los vehículos hacia los puntos cardinales de la ciudad. Pero Madrid son muchas ciudades. En medio de las marcas de fábrica legendarias se extendía de pronto un solar de la chatarra y la escoria, se prolongaba, manchaba el mundo con su fealdad. El hombre de los puños blancos apretó un botón y del rectángulo de la radiocassette empezó a brotar un chorro de música falaz. Pisó el acelerador, y la máquina le respondió con repentina fiereza. Los árboles cada vez más escasos venían al encuentro del coche y visto y no visto desaparecían. Las mujeres entienden siempre. La mujer se iba restregando sin una palabra, sólo algún abandono, un resbalamiento sutil

Cuando enfilaron María de Malina, propuso el hombre:

-¿Un traguito? ¿Un whisky?

-¿Y por qué no?

El auto giró en el punto necesario, el conductor conocía el lugar conveniente. Luego, el auto se detuvo con una frenada deportiva y algo arrogante, como el gesto de algunos galanteadores maduros. Nadie sabría decir si el establecimiento no había cerrado en toda la noche o si acababa de abrir. Juan ofreció su mano a la mujer. La mano de la mujer era como un pajarín. Quedaron atados por aquel calor, tan dulce y sensible bajo el desentono de la madrugada.

Si esta historia la estuviera escribiendo un novelista o un guionista de cine,

terminaría de otra manera. Yo soy Juan y sé cómo acaban en mi vida las aventuras. Cuando nuestros ojos estuvieron frente a frente, los dos a un tiempo nos desencadenamos. Los dos levantamos la mirada al cielo manchado de la ciudad, y un hilo invisible nos unía con las nubes, . el hilo de la cometa.

- Ya irán volando sobre el mar.

- Sí, ya irán ahora sobre el mar.

Entramos. Los dos pedimos café con leche y nos echamos a reír.